

ESCOGE perdonar



DEL DOLOR A
LA ESPERANZA

NANCY DEMOSS WOLGEMUTH

Autora de más venta de *Mentiras que las mujeres creen*

ESCOGE
perdonar

**Libros de Nancy DeMoss Wolgemuth
publicados por Portavoz:**

Adornadas: Viviendo juntas la belleza del evangelio

La apariencia

Atrévete a ser una mujer conforme al plan de Dios (editora general)

Biblia devocional Mujer Verdadera (editora general)

El cielo gobierna

Confía en Dios para escribir tu historia (coautora)

Contracultural: El llamado de la mujer verdadera

En busca de Dios

En la quietud de su presencia

Escoge perdonar

La gratitud y el perdón

La libertad del perdón

El lugar apacible

Mentiras que las jóvenes creen (coautora)

Mentiras que las jóvenes creen, Guía de estudio (coautora)

Mentiras que las mujeres creen

Mentiras que las mujeres creen, Guía de estudio

Mujer Verdadera 101: Diseño Divino (coautora)

Mujer Verdadera 201: Diseño Interior (coautora)

Quebrantamiento: El corazón avivado por Dios

Rendición: El corazón en paz con Dios

Santidad: El corazón purificado por Dios

Sea agradecido

ESCOGE *perdonar*

DEL DOLOR A
LA ESPERANZA

NANCY DEMOSS WOLGEMUTH



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en desarrollar y distribuir productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

This book was first published in the United States by Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 with the title *Choosing Forgiveness* copyright ©2006, 2008, 2022 by Revived Hearts Foundation. Translated by permission. All rights reserved.

Este libro fue publicado por primera vez en Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Choosing Forgiveness*, copyright ©2006, 2008, 2022 por Revived Hearts Foundation. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Escoge perdonar* © 2007, 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítanos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5059-4 (rústica)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

OH DIOS,

LA SANGRE DE NUESTRO HIJO HA MULTIPLICADO
EL FRUTO DEL ESPÍRITU EN EL TERRENO DE NUESTRAS ALMAS;
POR ESO, CUANDO SUS ASESINOS SE LEVANTEN DELANTE DE TI
EN EL DÍA DEL JUICIO
RECUERDA EL FRUTO DEL ESPÍRITU POR EL CUAL ELLOS HAN
ENRIQUECIDO NUESTRA VIDA. Y PERDONA.

—*Obispo Hassan Dehqani-Tafti de Irán*

CONTENIDO

Prólogo de David Jeremiah	9
Introducción	13
1. Caminar lastimados	25
2. Cuando rehusamos perdonar	43
3. La promesa del perdón	67
4. Perdonar por causa de Jesús	85
5. El arte de perdonar	103
6. Enojados con Dios	123
7. Qué es el verdadero perdón y qué no lo es	143
8. Devolver una bendición	161
Epílogo: El poder del perdón	177
Con gratitud...	185
Notas	187
Guía de estudio	191
Acerca de la autora	223

PRÓLOGO

Durante mis muchos años como pastor, he visto cuánta destrucción y enfermedad acarrea un espíritu que no perdona. No es posible exagerar el daño emocional, espiritual y físico que se produce cuando rehusamos perdonar.

Alguien ha descrito la falta de perdón como la acumulación de ira reprimida. Con frecuencia, la ira puede pasarse por alto porque se niega, mientras continúa arraigándose y creciendo como un tumor invisible. El esfuerzo por almacenar nuestras heridas para que queden fuera del alcance de nuestra memoria consciente es como tratar de sujetar bajo el agua una pelota de playa totalmente inflada. Ante el más leve cambio de presión, sale disparada sin control.

Los psicólogos afirman que quienes cultivan malezas de amargura y falta de perdón pagan un alto precio. Cuando elegimos aferrarnos a nuestro rencor, renunciamos al control sobre nuestro futuro; perdemos el frescor del nuevo día y todas sus posibilidades a cambio del dolor del pasado. Muy a menudo desperdiciamos preciada energía física y mental cavilando acerca de alguien que puede estar muy alejado y ser totalmente ajeno a nuestros pensamientos. Tal vez incluso esta persona no es consciente de lo sucedido y, sin duda, en ninguna medida se siente afectada por lo que pensamos o hacemos.

Seguramente, antes de haber terminado de leer el título de este libro, habrás asimilado la verdad más importante acerca del perdón: ¡El perdón es una elección! Nancy DeMoss Wolgemuth deja muy claro que todos tenemos el poder para perdonar y ser perdonados.

A partir de historias de la vida real, podemos ver la dicha del perdón y la amargura del resentimiento prolongado. Cada capítulo te invita a experimentar la dinámica espiritual y emocional del perdón.

Este es un libro interactivo que te plantea interrogantes importantes. En todos los capítulos y en el epílogo, la autora presenta un cuestionario para ayudarte a evaluar tu progreso en el ciclo del perdón. Las preguntas me parecieron prácticas, profundas y reveladoras.

Si bien Nancy DeMoss Wolgemuth es una autora excelente, es ante todo una maestra de la Biblia. Como podría esperarse de cualquier libro con su nombre en la cubierta, este ofrece una prolífica exposición de las Escrituras. No se me ocurre algún pasaje clave sobre el perdón que Nancy haya pasado por alto. De forma erudita y práctica, expone cada pasaje bíblico con toda su fuerza, a fin de que se entienda claramente el mensaje acerca del perdón.

En *Escoge perdonar* están ausentes las trivialidades que tantas veces aparecen en libros como este. No hay fórmulas ni respuestas simples. Pero si estás buscando la realidad y la belleza del perdón bíblico, aquí la encontrarás.

La forma en que la autora aborda el tema del “perdón a uno mismo” es la mejor respuesta a este asunto que he leído hasta ahora. Si eres una de las tantas personas que cree que Dios puede

perdonarte y, al mismo tiempo, no te perdonas a ti misma, este libro te liberará de ese yugo.

Sea que necesites perdonar o ser perdonada, en este libro encontrarás la fuerza espiritual que necesitas para lograrlo.

DAVID JEREMIAH

Pastor principal, *Shadow Mountain Community Church*
Fundador y presentador, *Turning Point Radio and
Television Ministries*

SER PERDONADO ES TAN DULCE,
QUE LA MIEL ES INSÍPIDA EN COMPARACIÓN.
SIN EMBARGO, HAY UNA EXPERIENCIA AÚN MÁS DULCE,
Y ESTA ES PERDONAR.

—*C. H. Spurgeon*

INTRODUCCIÓN

Regina Hockett esperó su turno en la fila del supermercado para finalizar una transacción rutinaria en un día cualquiera. De pronto, comenzó a percibir un alboroto a su alrededor, un bullicio y voces raras. Sintió las primeras oleadas de alarma y adrenalina que te invaden ante la percepción del peligro.

De manera instintiva, se volteó para asegurarse de que Adriane, su hija de doce años, estuviera a su lado, justo donde segundos antes le había pedido una moneda para la máquina de gomas de mascar.

Sin embargo, no veía a Adriane por ninguna parte.

Alguna vez, en esos fugaces momentos entre el pasado y el presente, la chica había recordado dónde había dejado su mamá las monedas del cambio en el auto. La niña había salido del almacén para buscar una moneda en el asiento delantero del auto, y luego se disponía a regresar a la entrada del establecimiento, con la intención de cambiar su moneda por un chicle.

En ese momento, contra la puesta de sol color carmesí de mediados de octubre, se oyó el disparo de un rifle en el estacionamiento. Hubo pánico.

Para entonces, Regina recorría de arriba abajo los pasillos y los corredores de las cajas registradoras, llamando a Adriane,

con sus ojos ansiosos, escudriñando, relampagueando. *¿Dónde podría estar? ¡Pero si estaba justo aquí!* Por último, abriéndose paso con violencia hacia la salida, divisó el cuerpo sin vida de una niña sobre el pavimento, con zapatos que parecían conocidos y que destellaban con las luces del alumbrado público.

Era Adriane. Estaba muerta.

Pero ¿por qué?

Pasarían tres largos años antes de que la respuesta a ese interrogante comenzara a surgir; tres dolorosos aniversarios preguntándose quién había hecho esto y dónde se escondía.

Con el tiempo, los hechos salieron a la luz. Dos miembros de una pandilla de adolescentes habían partido aquella noche para “darle un nombre” a su grupo rebelde. Cuando recorrían el estacionamiento de la tienda en ese vecindario de clase media de Nashville, con la ventana del lado del pasajero abierta y un lujoso rifle de asalto completamente cargado en su regazo, habían escogido al azar una mujer de mediana edad que estaba de pie junto a su auto. *Supongo que ella sería el objetivo.*

Algo provocó que el tirador errara en su objetivo, y la bala alcanzó a una estudiante ejemplar de sexto grado.

Los sospechosos sonrieron y se burlaron del juez cuando al fin los apresaron y trajeron a un juzgado nocturno, y cuando se leyeron los cargos en su contra. Uno de ellos incluso amenazó al detective que los acompañó, advirtiéndole que nunca viviría para ver el día del juicio de ellos.

Se descubrió que aquel había sido solo el primero de tres asesinatos cometidos por la pareja en cuatro meses.

Puedes estar segura de que nunca antes Regina había sentido tanto dolor en su vida. “Estaba destrozada, tan destrozada como

se puede estar —dijo ella—. Durante un año estuve tan deshecha, tan deprimida, que no pude hacer nada”.

Los años pasaron, y cada uno era un recuerdo de su pérdida, un esfuerzo obligado de imaginar lo que Adriane hubiera podido hacer, dónde hubiera podido ir, cómo podría ser... si estuviera presente.

Cuando Regina habló públicamente en una entrevista con el periódico *The Tennessean*¹, diez años después del asesinato, confesó que nunca entendería por completo por qué su preciada hija tuvo que morir de esa manera. “Pero sé esto: Adriane está en el cielo, y Dios me ha dado el poder para decir algo que nunca pensé poder decir: *Los perdonó*”.

De hecho, a raíz de su pena investigó tanto como pudo sobre los asesinos que le habían quitado la vida de su hija. Se enteró de su crianza disfuncional, de sus familias destruidas, su carencia de buenos modelos que pudieran imitar. Incluso participó en una organización que ministraba a los prisioneros condenados a muerte. Regina recuerda bien la primera vez que pudo visitarlos como parte de un grupo. Mientras hablaba con el guardia en el vestíbulo, uno de los prisioneros condenados a muerte pasó cerca; las cadenas de sus pies sonaban, y ella pudo ver su cara. Era el asesino de Adriane. Justo delante de sus ojos. Pensó que debía haber sentido ira, pero en lugar de eso sintió pena.

“Mi corazón estaba muy cargado porque había orado por ambos chicos. Mi oración es que ellos puedan encontrar a Dios y sepan que no tienen que vivir una vida miserable, incluso allí”.

Incluso ellos.

¿Cómo es posible?

Me gustaría poder decirte que el perdón no exige semejante sometimiento y renuncia. De hecho, en un sentido sería más fácil

eludir el tema por completo, en vista de que vivimos tiempos en los cuales muchos enfrentan problemáticas que afectan lo más profundo de su ser, y que para tantos la única forma de sobrevivir es mantenerse alejados de los demás.

Cónyuges infieles. Padres descuidados e insensibles. Abuso sexual... en el hogar, en el trabajo e incluso en las iglesias. Hijos rebeldes. Parientes despiadados. Jefes y figuras de autoridad arrogantes. Puedo añadir más y más.

A lo largo de casi cinco décadas de ministerio, he encontrado más dolor en el corazón humano y en las relaciones humanas de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Por ejemplo, creo que nunca olvidaré a la mujer que pasó al micrófono en una de mis conferencias e hizo salir como un torrente la trágica historia del cruento asesinato de su hija adulta a manos de un acosador. Todavía puedo oír la profunda angustia y vehemencia en la voz de esta madre, cuando parada junto a mí frente a cientos de mujeres gritó: “¡He odiado a este hombre durante catorce años! ¿Cómo lo lo puedo perdonar? ¿Cómo?”.

Si vamos a ser verdaderos instrumentos de misericordia en la vida de otros, debemos actuar con la verdad, la verdad de Dios.

Pienso en otra mujer que había enfrentado otras experiencias y circunstancias muy diversas, y que escribió: “Me siento como una cristiana robot. He excluido a Dios de mi vida y me limito a vivir de forma mecánica por todo el sufrimiento que he soportado”.

Luego está una amiga que había sido abandonada por su padre

drogadicto cuando era niña y que años más tarde se encontró guardando rencor contra él, incluso cuando él quiso reconciliarse: “¿Cómo puedes ir a la iglesia y cantar alabanzas —estás adorando al Señor, conoces la Palabra y sirves en el ministerio—, y sin embargo no puedes perdonar a tu padre?”, preguntó. “Como cristiano... eso no tiene sentido”.²

Nuestro corazón se duele al pensar en tal injusticia y sufrimiento. Cuando las personas nos cuentan este tipo de historias, deseamos decir: “Si estuviera en tu lugar, me sentiría igual”. Nuestra tendencia natural es desear que los ofensores reciban al menos una medida de lo que merecen.

Sin embargo, si vamos a ser verdaderos instrumentos de misericordia en la vida de otros, debemos actuar con la verdad, la verdad *de Dios*. No con una negación optimista y artificial que intenta seguir como si el daño no hubiera ocurrido. No con palabras o fórmulas rígidas o mecánicas como si bastara una receta legalista de instrucciones paso a paso.

Me refiero a la dulce, rica y pura Palabra de Dios, y a sus caminos, que no son ajenos ni indiferentes a nuestras experiencias de la vida real, sino llenos de vida, de sanidad y de gracia, pues Dios hace posible la reconciliación en las relaciones rotas, a la vez que restaura, redime y (finalmente) hace nuevas todas las cosas.

Su verdad es lo bastante fuerte para encarar situaciones en las cuales nunca llega una disculpa o esta resulta imposible por muerte u otra limitación; es lo bastante fuerte para dejarnos libres e ilesas, incluso nuestro corazón y nuestra alma, gracias al regalo del perdón.

Así es como Dios obra.

La actitud que predomina en nuestra cultura actual (e incluso en el mundo evangélico, con demasiada frecuencia) nos

autoriza a consentir e incluso fomenta nuestro resentimiento, nuestras relaciones rotas y nuestros conflictos no resueltos. Algunas veces amigos bienintencionados nos acompañan para apoyar nuestra decisión obstinada de pagar con la misma moneda a quienes han pecado contra nosotros, simpatizantes de nuestra autocompasión.

Sin embargo, la Palabra de Dios dice claramente que el costo de la falta de perdón es muy alto. No podemos esperar vivir en paz con Dios o experimentar su bendición en nuestra vida si rehusamos perdonar a nuestros deudores. Hacerlo es obstruir su gracia y permitirle a Satanás que “gane ventaja” sobre nosotros (2 Co. 2:11).

Las heridas que te han infligido no se aliviarán si las acumulas y dejas que se infecten. De hecho, solo se harán más molestas y agobiantes.

La compasión puede dar alivio temporal, pero solo el perdón puede traer consuelo duradero.

Los dientes afilados de la amargura

Uno de los personajes más memorables de *Grandes esperanzas*, la novela clásica de Charles Dickens, es una excéntrica anciana llamada Miss Havisham. En el relato, conocemos a esta extraña mujer en su cumpleaños. Años antes, ese mismo día, ella se vestía para su boda, a la espera de su prometido. Sin embargo, faltando veinte minutos para las nueve, recibió la abrumadora noticia de que su novio se había escapado con otra mujer y que por consiguiente no vendría... ni ahora ni nunca.

A partir de ese momento, la vida se detuvo para Miss Havisham. Todos los relojes de su casa quedaron detenidos exactamente en la desdichada hora de las ocho y cuarenta. De las ven-

tanaz colgaban pesadas cortinas que bloqueaban la entrada de los rayos del sol a su casa, una morada oscura y más deslucida que nunca. Vivía encerrada con su hija adoptiva Estella, mientras el banquete y el pastel de la boda permanecían pudriéndose sobre la mesa, las arañas arrastraban las migajas y se escuchaban ratones trepando las paredes.

Lo más gráfico era que la novia abandonada aún tenía el ahora chafado vestido y el velo que llevaba puestos en el momento de su tragedia; desde hacía tiempo estaban desteñidos y amarillentos, y la tela y encajes no eran más que harapos.

Al personaje principal, Pip, que llega a la casa atraído por Estella, y a quien desde luego le intriga el motivo de semejante espectáculo (*¿a quién no?*), Miss Havisham le ofrece este deprimente análisis: “En este día del año, mucho antes de que tú nacieras, fue traído aquí este montón de ruinas. Nos hemos consumido juntos. Los ratones lo han roído, y *dientes más afilados que los de los ratones me han carcomido a mí*” (cursivas añadidas).³

Aquellos “dientes” eran (y son) los filos cortantes de la amargura, el resentimiento y la falta de perdón. Desgarran más hondo que la herida producida por una garra o un colmillo; esta filosa hoja puede atravesar la piel y minar el gozo, erosionar la paz y cerrar nuestro corazón a la luz de la presencia de Dios.

Claro, puede que nuestra situación no sea tan patética como la de Miss Havisham. Podemos encontrar maneras de acallar el dolor, de

*El perdón no es
un método
que pueda
aprenderse, sino
más bien una
verdad que
debe vivirse.*

seguir adelante a pesar de nuestro resentimiento, e incluso mantener una apariencia de normalidad. Con todo, nuestro espíritu interior sufre los signos delatores de esos dientes lacerantes y de la tenebrosa condición en la que hemos decidido vivir.

¿Se ha detenido el reloj en *tu* vida? ¿Hubo un momento en el que alguien o algo te hirió, y a partir del cual todo cambió? Quizá todavía puedes recordar el día, la hora, el año, la escena, las circunstancias exactas de ese momento. Tus esperanzas, tus sueños y tu inocencia sintieron el afilado aguijón de la traición y la desilusión. Desde entonces, la historia de tu vida ha sido revivir tu pérdida y buscar venganza, con acciones directas o negándose a brindar amor y afecto.

¿Sabes bien cómo se sienten esos dientes afilados?

Quiero decirte que no tienes por qué vivir así. Es tiempo de retirar las cortinas y salir de la oscuridad. Hacerlo puede parecer arriesgado, incluso imposible. El proceso puede ser doloroso. Pero hay vida, salud y todo un mundo nuevo fuera de la oscuridad, de las mohosas paredes del dolor y la desilusión tras las cuales has parapetado tu corazón. Dios quiere darte la gracia para seguir adelante; Él quiere hacerte libre.

Una verdad para ser vivida

A lo largo de este libro veremos qué es y qué no es el perdón; lo analizaremos a la luz de las Escrituras, inquiriendo en sus promesas, al tiempo que desenmascaramos algunos de los mitos que lo rodean. Nos enfocaremos en la manera en que podemos vivirlo, y en cómo ponemos en práctica la gracia y la misericordia de Dios como Él lo ha hecho con nosotras.

Sin embargo, en ninguno de los mejores principios y reflexiones que yo pueda ofrecer, y en ningún pasaje de las Escrituras,

vamos a encontrar una palabra mágica o una fórmula secreta. El perdón no es un método que pueda aprenderse, sino más bien una verdad que debe vivirse. El concepto del perdón no será ajeno a muchas de las que lean este libro. Es improbable que en estas páginas descubras alguna verdad nueva y profunda.

Para la mayoría de nosotras, el problema no es que no sepamos acerca del perdón. El problema, como he podido observar en tantas vidas (entre ellas la mía), es que no hemos reconocido y admitido la falta de perdón que existe en nuestro corazón, o que simplemente, no hemos escogido perdonar.

Al animarte a escoger la senda del perdón, con todos sus riesgos y dificultades, no quiero dar a entender que lo que te ha pasado no es tan malo como crees. Lo que has sufrido es real. Tal vez has sufrido un terrible maltrato por parte de un pariente cercano, o de un amigo cercano, o de un extraño, incluso de un pastor o ministro cristiano. Puede que haya áreas de tu vida tan delicadas que difícilmente soportan que alguien las toque, debido a circunstancias pasadas o presentes que aún te sientes incapaz de comentar.

No quiero restarle importancia o minimizar las experiencias que han dejado una dolorosa huella en tu alma. De hecho, aunque algunos insistan en que necesitas “perdonar y olvidar”, la verdad es que el verdadero perdón precisa que encares el mal que has sufrido.

No obstante, descubriremos a lo largo del camino esta dura pero sanadora verdad: Cualquiera que sea el pecado que hayan cometido contra ti, si escoges no perdonar, esa elección es en sí misma un pecado grave. De hecho, la falta de perdón puede a menudo ocasionar problemas en tu vida mucho peores y a más largo plazo que el dolor de la ofensa original.

Mi oración por ti

Me he sentido apremiada a escribir este libro porque sé que muchos creyentes enfrentan a diario los efectos en cadena de la falta de perdón, en una u otra forma. Es algo que afecta a hombres y mujeres, adultos y jóvenes, casados y solteros, ricos y pobres. Puede ser la respuesta a ofensas indescriptibles, algunas de las cuales pueden extenderse por décadas, o a insultos y agravios momentáneos que, si bien parecen microscópicos, duelen.

He visto cómo la falta de perdón causa estragos en los matrimonios, las iglesias, los centros de trabajo y los ministerios. He visto cómo destruye amistades de mucho tiempo.

En la introducción de su libro *Unpacking Forgiveness* [¿Qué es el perdón?], el pastor Chris Brauns explica: “No puedo decirte cuántas horas he pasado trabajando en cuestiones complejas sobre el perdón con personas en mis iglesias. El día que escribo esto, he escuchado ya a dos mujeres diferentes con el corazón roto. Me senté a la mesa y me dolí con ellas y oré, y vi cómo se acumulaban pequeñas pilas de pañuelos empapados de rímel y lágrimas. Mirando hacia atrás a través de los años puedo recordar imágenes de tantas personas cansadas y heridas”.⁴ Dicho de forma simple, este es un *tema capital*.

Es probable que, mientras lees estas palabras, el resentimiento arda como un fuego incontrolable en tu interior. O puede que sea menos intenso, más parecido a un dolor adormecido. Puedes llegar a acostumbrarte tanto a este dolor que seas incapaz de recordar lo que era vivir sin él. O puede ser tan sutil y encubierto que ni siquiera puedas reconocerlo por lo que es. Sin importar lo que sea, no tienes que seguir ese camino. La elección de perdonar te conducirá a un camino hacia la libertad.

El autor de Hebreos dijo: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (He. 12:15).

Mirad bien. Esas son las palabras inspiradas de Dios que me guían a aguas donde sé que me arriesgo a que me consideren alguien insensible o simplista, por parecer fría y cruel. Mi oración más profunda es que cada lectora pueda “alcanzar la gracia de Dios”; que liberes cada rehén que puedes mantener cautivo en la prisión de tu mente y de tus emociones... y que, al hacerlo, también encuentres tu libertad.

Este es el plan de Dios para ti. Es lo mejor que Dios tiene para ti. Y es la voluntad de Dios para tu vida.

Perdona.

HABLAMOS DE MANERA LOCUAZ ACERCA DEL PERDÓN
CUANDO NUNCA HEMOS SUFRIDO UN AGRAVIO.
CUANDO SOMOS AGRAVIADOS SABEMOS QUE ES IMPOSIBLE
PARA UN SER HUMANO PERDONAR A OTRO,
SIN LA GRACIA DE DIOS.

—*Oswald Chambers*

[CAPÍTULO UNO]

CAMINAR LASTIMADOS

Mientras escribía este libro, una amiga me dijo: “Yo, en realidad, no toco este tema. Simplemente no luchó con la amargura o la falta de perdón”.

Aunque esto puede ser cierto para unos pocos, he llegado a pensar que, de manera consciente o inconsciente, la falta de perdón es, de hecho, un asunto muy real para la mayoría de las personas. Casi todo el mundo conoce a una o a varias personas a quienes no ha perdonado.

He confirmado esto una y otra vez con lo que veo. Durante muchos años, siempre que he tratado el tema, y después de definir y describir el perdón desde una perspectiva bíblica, le he preguntado al público: “¿Cuántos de ustedes serían lo bastante sinceros como para admitir que hay una raíz de amargura en su corazón, que hay una o más personas en su vida —pasada o presente— a quienes nunca han perdonado?”.

He interrogado así a miles de personas, incluso creyentes de larga data, líderes de estudios bíblicos y obreros cristianos. Y, sin importar cuál sea el escenario o quién sea el público, se han levantado casi sin excepción entre el 80 y el 95% de las manos de los presentes.

Todavía me commueve profundamente pensar que la inmensa mayoría de las personas sentadas en la iglesia domingo

tras domingo (y muchos de los que están sentados en la casa porque han dejado la iglesia decepcionados), tiene al menos una semilla —si no un bosque— de falta de perdón en su corazón.

En muchos casos, esas manos levantadas revelan corazones que todavía están heridos, sangrando, sufriendo, oyendo las palabras, viendo las ofensas, sufriendo para superar lo sucedido.

En otros casos, las manos representan corazones que han sido anestesiados, que se han vuelto indiferentes o aislados, y que tal vez levantan paredes para protegerse de ser heridos otra vez.

Cualquiera sea la historia detrás de cada mano levantada, estoy convencida de que la falta de perdón en el corazón del pueblo de Dios no es la excepción; se ha convertido en la *norma* para la mayoría. Puede que hayan aprendido a vivir así; puede que estén “sobrellevando” la situación; puede que oculten su condición con risas o la entierren con muchas ocupaciones. Pero cuando logran ser sinceros consigo mismos y con Dios, se dan cuenta de que no son libres.

Así que, aunque sé muy bien que hay otros buenos libros y materiales disponibles sobre este tema, sigo viendo ese mar de manos levantadas. Son personas como tú. Sigo pensando en los ojos que he visto y en las historias que he oído de corazones atormentados o hastiados. Más aún, reflexiono todo el tiempo en cuán diferente puede ser la vida de las personas cuando caen los muros una vez que escogen la senda del perdón y son liberados de la prisión de la amargura y el dolor.

Capas profundas de la vida

No podemos hablar del perdón sin reconocer la realidad del dolor. Si nunca hubiéramos sido heridas, no habría necesidad de perdonar.

En verdad somos una generación de personas heridas. Y las personas lastimadas tienden a herir a otras. (Tal vez hayas escuchado decir que el animal más peligroso de la selva es aquel que ha sido herido). Solo mira alrededor toda la violencia y descomposición social. Desde la furia en las calles hasta las tensiones raciales. Protestas pacíficas que se convierten en disturbios. Los niños que van armados a la escuela y disparan a otros. ¿De dónde viene todo esto? La mayoría de las veces, es el resultado de una herida guardada y de una amargura latente que se ha convertido en ira, odio, venganza y violencia.

Cuando hablo de herida, ¿qué te viene a la mente?

Quizá fuiste obligada a soportar el abuso sexual en la niñez. Tal vez fuera un hermano, un pariente o un amigo mayor en quien confiabas. Quizás fue tu propio padre quien te utilizó para satisfacer algún deseo retorcido en su propio corazón. Tal vez aún estés tratando de superar recuerdos atormentadores, y la vergüenza y la rabia que los acompañan.

Quizás el abuso no fue tanto físico como emocional y manipulador. Tal vez la disfunción en tu hogar provocó que casi todas tus relaciones desde entonces se hayan complicado, y nunca has dejado de culpar a tus padres, a tus abuelos o a quien sea, por darte unas bases para la vida tan desfavorables.

Puede ser un esposo distante e inexpresivo, un cónyuge cuyas prioridades nunca han coincidido con las tuyas, que a menudo olvida o desatiende lo que es importante para ti.

Puede ser una hermana o un hermano que discutía contigo tanto por asuntos familiares importantes como insignificantes. Esto ha hecho que tus relaciones con él o ella sean tensas y superficiales, volviendo casi cada día festivo o cada reunión familiar una tarea penosa y una ocasión más para tomar partido y soportar insultos.

¿Tienes que conformarte con que los horribles restos del dolor sean tu porción en la vida? Y si la respuesta... es “no”, ¿en realidad lo creerías?

Quizás es un nuevo administrador en la compañía donde trabajas que te ha hecho sentirte marginada y menospreciada. Tal vez es tu yerno que ha hecho sufrir a tu hija o ha envenenado tu relación con tus nietos. O un pastor que traicionó la confianza de toda la congregación a la que perteneces al involucrarse en un romance adulterio, convirtiendo a tu iglesia en una telenovela más que un santuario. O quizás es la “otra mujer” que, por las circunstancias que sean, se convirtió en una intrusa en tu matrimonio, y ahora tu ira y resentimiento hacia ellos ha contaminado tus pensamientos, tus actitudes y tu actividad diaria.

Y si no es nada de lo anterior... es algo más, alguien, una situación que reaparece con dolorosa frecuencia y que hace desbordar como un torrente todas las emociones. Esto te ha dejado el corazón como si estuviera lleno de nudos. Parece como si estuvieras en guerra permanente, siempre en guardia contra el ataque de sentimientos contradictorios.

Esto ha interrumpido el libre caudal de adoración y ternura que solías disfrutar en tu relación con Dios, y es algo que te hace falta. Te hace falta Él. Es como andar siempre con algo de fiebre, o tal vez una peligrosa fiebre alta, y es algo que ha cambiado por completo el sentido de “normalidad” en tu vida.

La pregunta es: *¿Estas heridas, pasadas o presentes, tienen que determinar lo que eres, tu destino y tu manera de llegar a él?* ¿Tienes que conformarte con que los horribles restos del dolor sean tu porción en la vida? Y si la respuesta a estas preguntas es “no”, ¿en realidad lo creerías?

Si tan solo supieras

Los asuntos que requieren perdón tienden a golpearnos justo donde nos duele. Rara vez juegan limpio, y pueden venir con poco o ningún aviso. Y aunque pueden parecerse a los que otros han experimentado, a menudo suscitan una serie de interrogantes difíciles en cada caso.

Por ejemplo:

¿Qué haces cuando el problema no es simplemente una vieja herida del pasado, sino una que continuamente se abre y agrava? ¿Cómo manejarlo si el causante de tu condición actual de ira y amargura no es un recuerdo distante, sino un acontecimiento que se repite (un amigo me preguntó esto ayer)?

O ¿cómo perdonar a alguien mientras tienes que protegerte a ti misma o incluso a tus hijos del daño que esa persona representa?

¿Cómo manejar las imágenes, los sonidos y las escenas que reaparecen de repente, o los recuerdos y fechas que se repiten sin cesar o se manifiestan en cualquier momento del día?

¿Y qué decir cuando tu ira no se dirige contra una persona que hizo algo contra ti, sino contra alguien que ha dañado a un ser querido? ¿No debe despertarse tu instinto maternal cuando tu hijo es intimidado en la escuela, o tu hija es maltratada por otras chicas, o cuando un inescrupuloso colega de tu esposo lo traiciona?

¿Cómo perdonar al chico blanco que profirió insultos racistas contra tu hijo negro en el campo de fútbol cuando existe una fisura complicada y dolorosa en torno a este tema que se remonta a generaciones pasadas?

¿Y qué decir del hombre que te habló de matrimonio, que parecía ser el hombre que Dios eligió para ti, pero al final se fue y jugó con tu corazón? ¿Qué haces con el daño que causó?

¿Cómo puedes siquiera empezar a perdonar a tu cónyuge, que en solo un año parece otra persona y deja ver a todas luces que coquetea con otra mujer, y no parece importarle lo que piensas al respecto?

Y qué respuesta hay para alguien que escribe:

Los problemas se han apoderado de mi familia. Donde debe haber amor, hay odio, y donde debe haber compasión hay aflicción, contienda y discusión.

O a quien dice:

Por favor, te ruego que ores por mi familia. Ya no soporto más toda la ira, la falta de perdón y el odio en mi familia.

En verdad, estas son heridas de gran magnitud que exigen respuestas de la magnitud de Dios. No hay palabras ni varitas mágicas capaces de devolver las cosas a su estado original. No podemos presionar el botón “DESHACER” con la esperanza de ver que nuestra vida regrese a la condición anterior que conocimos o al desenlace que esperábamos.

Cuando el dolor es tan cercano, la herida tan sensible, la ofensa tan evidente, ¿cómo perdonamos?

Realidades dolorosas

Para comenzar a resolver estos interrogantes quiero sentar como base una realidad que puede parecer demasiado elemental y obvia:

Todo el mundo será herido en algún momento.

Es una realidad que forma parte de la vida. En este mundo caído, el dolor es inevitable. Sin duda alguna, serás herida, agravada y ofendida por otros. No hay forma de evitarlo.

“En el mundo tendréis aflicción”, le aseguró Jesús a sus ansiosos y desconcertados discípulos (Jn. 16:33), como Pablo le recordara a su joven discípulo Timoteo, tiempo después: “Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). Así que no se trata de determinar si somos lo bastante piadosas, pues aunque la obediencia trae su cuota de bendición eterna, también es cierto que los problemas y el dolor pueden sobrevenir al mejor creyente; y en ocasiones será más difícil para los cristianos que para otros.

En realidad, las experiencias de una persona podrán diferir de las de otra en detalles y proporciones específicos. Algunas experimentarán un dolor mucho peor comparado con el de otras. Sin embargo, la realidad de que todas las personas sufrirán daño de alguna clase es común a toda la raza humana; y es probable que suceda con mucha frecuencia en la vida. Todas enfrentaremos situaciones que constituyen terreno fértil para que se arraiguen y florezcan en nuestro corazón el resentimiento y la falta de perdón.

Hasta ahí todo está claro. No hay discusión. Sin embargo, quiero retarte a considerar otro comentario que puede no ser tan fácil de aceptar:

El resultado de nuestra vida no depende de lo que nos pasa, sino de cómo respondemos a lo que nos pasa.

¿Captaste esta idea? El resultado de tu vida y de la mía, es decir, lo que somos, cómo funcionamos, nuestro bienestar personal, nuestro futuro, nuestras relaciones, nuestro servicio... nada de eso está determinado, en última instancia, por cosa alguna que hayan hecho o puedan hacer para herirnos.

Por supuesto, las circunstancias que forman el telón de fondo de nuestra vida *nos afectarán*; dejarán huellas en nuestro corazón que siempre serán parte de nuestra experiencia. Con todo, esos sucesos, por horrendos que sean, no tienen el poder para controlar el fin de nuestra vida.

Mientras creamos que nuestra felicidad y bienestar dependen de lo que nos pasa, siempre seremos víctimas, porque gran parte de lo que nos sucede escapa a nuestro control. Esa manera de pensar excluye cualquier esperanza; así nunca podemos ser diferentes, ni completos, ni libres. En mayor o menor medida (según como seamos tratadas o maltratadas), cuando situamos nuestra identidad en el victimismo, siempre pensaremos en nosotras como artículos dañados, personas condenadas a ser disfuncionales en un mundo disfuncional.

En realidad, no tenemos alternativa alguna frente a muchas de las cosas que nos pasan. Nuestra única esperanza consiste en darnos cuenta de que podemos escoger cómo *enfrentamos* las circunstancias de la vida. Dichas respuestas son las que determinan el resultado de nuestra vida.

Ahora, puede que a ti no te parezcan buenas noticias. “¿Me estás diciendo que yo soy responsable de mi respuesta a la situación sin importar lo que me han hecho? Eso pone la carga sobre mí... ¿qué clase de mensaje de aliento es ese?”.

No obstante, independientemente de cuán atada hayas quedado por tu respuesta a las heridas que otros te han infligido, te aseguro

que aceptar esta verdad es el punto de partida de tu viaje hacia la libertad.

Cuando como hijas de Dios comprendemos que su gracia es suficiente para cada situación, que por el poder de su Espíritu que mora en nosotras tenemos la capacidad de responder con gracia y perdón a quienes han pecado contra nosotras, dejamos de ser las víctimas de la situación. Entonces somos libres para sobreponernos a cualquier acto que puedan haber cometido contra nosotras, para crecer por medio de este, y para convertirnos en instrumentos de gracia, reconciliación y redención en la vida de otras personas heridas e incluso en la de nuestros ofensores.

Sí, podemos ser libres... si elegimos serlo.

Llevar cuentas

Hay esencialmente dos formas de responder a las heridas y a las experiencias injustas de la vida. Cada vez que somos lastimadas, elegimos reaccionar en una de las dos.

La primera respuesta natural es convertirse en un cobrador. Hacemos que el ofensor pague por lo que ha hecho. Podemos hacerlo de manera abierta o sutil, pero hasta que no obtenemos una disculpa aceptable, hasta que no decidimos que se ha pagado una penalidad adecuada, queremos mantener al malhechor en la prisión de los deudores, y nos reservamos el derecho de castigarlo

*Nuestra única
esperanza consiste
en darnos cuenta
de que podemos
escoger cómo
enfrentamos las
circunstancias de
la vida.*

por su transgresión. Ese es el camino del resentimiento, la venganza y el desquite; es saldar las cuentas y obtener el pago exacto por lo que otro hizo.

En lugar de despojarnos de las ofensas que hemos recibido y dejar que Dios sea el único que es lo bastante grande y fuerte para manejar el problema de manera perfecta, justa y redentora, nos aferramos a la herida y rehusamos soltarla. Así mantenemos a nuestro ofensor como un rehén (o eso imaginamos).

Piensa en Jacob y Esaú: una primogenitura que fue robada con engaño. Las expectativas de oportunidad y prosperidad de toda una vida estaban en manos de Esaú. Sin embargo, por un truco, una conspiración preparada por una madre movida por favoritismos, el camino a la bendición paterna que por derecho le correspondía a Esaú se desvía drásticamente.

“Y aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre le había bendecido, y dijo en su corazón: Llegarán los días del luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob” (Gn. 27:41). Estaba guardando la ofensa, esperando su tiempo, resuelto a buscar vengarse.

Sin embargo, el problema es que ser un “cobrador” implica más que mantener a nuestros ofensores en una prisión; nos pone también en una.

Un colega me narró una desgarradora historia que escuchó de una mujer que la contó a su iglesia, cuando el Señor le reveló su necesidad de escoger el camino del perdón. Hace décadas cuando era jovencita, ella y una amiga de su pequeño pueblo salieron un día a ver al *sheriff* del condado, cuya oficina estaba por casualidad en el mismo edificio de la cárcel de la ciudad. Las chicas siempre habían considerado al hombre como su amigo, la persona agradable con el uniforme y la placa con quien era divertido estar.

En algún momento de la tarde, su amiga se escapó para jugar, dejándola sola con el *sheriff* en su oficina. De repente, el gesto de su cara comenzó a incomodarla. El ambiente en la habitación se puso tenso y atemorizante. El *sheriff* se acercó a ella y le susurró: “Si llegas a contarles a tus padres lo que te voy a hacer —apuntando hacia las barras de hierro tras de él—, te pondré en una de esas celdas de la cárcel”.

Y con eso, prosiguió a abusar de ella sexualmente.

Ya habían pasado muchos años desde lo que sucedió aquel día, hasta que siendo una mujer adulta contó por fin cómo el hombre a quien ella consideraba un amigo confiable había destrozado su inocencia infantil. Al recordar la amenaza del *sheriff* de encerrarla si ella lo denunciaba ante sus padres, ella dijo: “Ahora me doy cuenta de que en mi corazón lo *puse* a él en el ‘calabozo’ aquel día, y que todos estos años lo he mantenido en esa prisión”.

Cuando al fin Dios abrió sus ojos para ver lo que la falta de perdón en realidad le estaba causando (y también a su matrimonio), se dio cuenta de algo más: aquel día, tantos años atrás, ella misma se había puesto en una cárcel. Y aunque ese hombre ya había muerto hacía mucho tiempo, la falta de perdón y la amargura la habían mantenido encerrada todos esos años en una celda que *ella misma* labró.

¿Fue culpa suya que una figura de autoridad se aprovechara de ella? Por supuesto que no, y eso debe quedar absolutamente claro. Pero ¿quién había sufrido más por su falta de perdón? ¿Y por qué debía ella estar en una “prisión” por un crimen que otro había cometido?

Cobrar deudas es la respuesta natural de seres pecadores por sufrir daño, abuso o maltrato. Esto siempre produce el amargo

fruto de un dolor y un resentimiento más profundos, y de mayor esclavitud.

Pero hay otro camino. Un camino mejor. Es el camino de Dios.

Renunciar

Para no ser cobradores de deudas, que es el camino del resentimiento y la venganza, Dios nos llama a la elección pura y poderosa del perdón, y a seguir, hasta donde sea posible, el camino de la restauración y la reconciliación.

En realidad, las Escrituras no lo presentan como una opción. Pablo escribe en Colosenses 3:13: “De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”. No hay lagunas confusas ni márgenes flexibles en esto, todo está claro.

El Señor mismo fue también claro y directo: “Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno” (Mr. 11:25). La expresión “*algo contra alguno*” incluye todo, ¿no es así? Ninguna ofensa es demasiado grande, ningún ofensor sobrepasa el límite hasta donde nuestro perdón debe extenderse. Nuestra comunión con Dios lo exige, y depende de esto.

Así que, si nosotras como creyentes nos empeñamos en no perdonar, nuestro corazón tendrá que enfrentar el hecho de que nuestras acciones vienen a ser desobediencia. Perdonar no es una opción de “tómala o déjala” que solo un supercristiano esté llamado a elegir.

Sí, es antinatural. Es sobrenatural. A veces es casi increíble.

Pregúntale al cirujano cuyo error médico le costó la vida a la madre de mi amiga “Heidi”. Aunque había sido llevada de urgencias al hospital con dolor en el pecho, seguía lúcida y alerta cuando los exámenes revelaron que en efecto había sufrido un leve ataque cardiaco. Después de una rápida evaluación de un

pequeño grupo de doctores, se determinó que una angioplastia sería el mejor procedimiento para desobstruir sus arterias.

Fue llevada de inmediato a cirugía. Todo el mundo esperaba que saliera bien.

No obstante, en algún momento de la operación, el doctor infló el catéter de globo demasiado rápido, antes de lo debido. Su corazón dañado comenzó a fallar de forma irreparable, y quedó en estado de coma. Murió tres horas más tarde.

El padre de Heidi estaba inconsolable. Su esposa, con quien compartió un matrimonio de cuarenta y dos años que había atesorado con gran amor y fidelidad sin igual, le había sido quitada en un instante por un desatino, por el error absurdo de un cirujano.

Los días que siguieron fueron casi insoportables para Heidi. Su amable y gentil padre fue transformándose en un ciclón de ira, aflicción, desesperación y venganza. Implacable en su cólera, y atormentado por su corazón destrozado, se propuso “derribar ese hospital”. Exigió una reunión con la administración del mismo y con los médicos responsables del cuidado de su esposa, prometió encararlos y decirles que los estaba demandando por todo lo que habían hecho y que viviría para verlos sufrir.

Mientras el personal del hospital y los médicos esperaban ansiosos la llegada del papá de Heidi para la confrontación, temblaban de solo pensar en lo que iban a escuchar. Nada podría haberles preparado para lo que ocurrió a continuación.

De camino a la reunión, el papá de Heidi comenzó a darse cuenta de que, si él quería ser libre de esa mazmorra de ira y amargura en la cual se encontraba, debía hacer lo que Dios había hecho por él. Debía perdonar.

Para el asombro de todos los presentes, al entrar por la puerta ese día, fue directo a donde estaba el hombre cuyo error había

terminado con la vida de su amada, le extendió su mano y dijo: “La única forma como seré capaz de vivir con algo de paz por el resto de mi vida es perdonándolo”.

Las personas en el recinto se quedaron pasmadas. El doctor comenzó a llorar. Por un momento que pareció una eternidad, no pudo siquiera soltar la mano del hombre que había renunciado a su derecho de venganza.

Ese día, dos personas salieron de aquel salón de conferencias como hombres libres. Pero ninguno fue más libre que quien ofreció la liberación, aquel que perdonó.

Tomarse un veneno

Otra vez digo que nada acerca del perdón es fácil. No hay duda sobre esto. Es duro pensar en ello. Es difícil hacerlo. Cuesta seguir haciéndolo. Con todo, si de alguna manera pudiéramos distanciarnos lo suficiente de nuestra situación personal para verla de manera más clara, donde las heridas y las cicatrices no dolieran cada vez que nos damos vuelta o hacemos un movimiento brusco, podríamos ver algo más.

Podríamos ver que la falta de perdón solo empeora las cosas.

Rudy Tomjanovich fue cuatro veces parte del equipo estelar de la *NBA*, que parecía estar listo para otra temporada de premiación en 1977. Se suponía que sería el año en el que su equipo de Houston Rockets estaba preparado para obtener el título.

En la noche del 9 de diciembre, los Rockets estaban en el coliseo de Los Ángeles para jugar contra el equipo local de los Lakers. Estaban empatados, y el segundo tiempo apenas empezaba cuando hubo una riña entre dos jugadores cerca de la mitad de la cancha. Tan pronto se dio cuenta, Tomjanovich, que estaba

a cierta distancia de la pelea, empezó a correr muy rápido para acudir en defensa de su compañero de equipo.

Kermit Washington, uno de los jugadores involucrados en la pelea, recuerda haber avistado una figura roja que se acercó rápidamente; era Tomjanovich con su camiseta roja. Al darse vuelta, lanzó un puñetazo contra la cara de Rudy que lo lanzó al piso, y la parte posterior de su cabeza golpeó duro contra el suelo.

Después de recibir lo que se conoce ahora entre los fanáticos del baloncesto como “el puñetazo”, Tomjanovich permaneció inmóvil varios segundos, inconsciente. De hecho, los médicos compararon el golpetazo que alcanzó a Rudy justo cuando avanzaba a toda velocidad, con un choque de dos locomotoras que van a máxima velocidad. Las lesiones que sufrió se asemejaban a las de una persona que se estrella contra un parabrisas a ochenta kilómetros por hora.

No fue solo una nariz ensangrentada. (De hecho, su esposa todavía se molesta cuando alguien se refiere a las lesiones de su esposo como “una nariz rota”: “La única parte de su rostro que no se arruinó —dice ella— fue su nariz”). Su cráneo quedó desarticulado, su mandíbula nunca volvió a cerrar de forma adecuada. Incluso sus conductos lagrimales quedaron arruinados. Casi muere.

En la siguiente temporada, después de cinco cirugías reconstructivas, Rudy intentó volver a jugar su amado deporte. Sin embargo, solo por poco tiempo logró alcanzar el nivel de desempeño previo a los súbitos sucesos de aquella noche. Se retiró poco tiempo después, al darse cuenta de que sus habilidades se habían afectado, pues no quería trasladar a su familia a otra ciudad solo para tratar de alargar un poco más sus días de práctica deportiva.

Todo pasó muy rápido, sin avisar. Un día, su idea de “normalidad” era la vida competitiva de un atleta profesional. Al

siguiente día, este concepto significó permanecer durante horas en una unidad de cuidados intensivos, entre la vida y la muerte.

Lo que lo llevó allí no fue hecho a propósito. Algo se desencadenó, una cosa condujo a la otra, una situación que se descontroló. A veces eso sucede, ¿no es verdad? Es posible que recuerdes un acontecimiento en tu propia vida cuando las cosas se acaloraron, la vasija comenzó a hervir y la siguiente cosa que supiste fue que el daño ya había sido hecho. No había marcha atrás. Lo que se dijo, lo que ocurrió, cambió tu vida para siempre.

No obstante, cuando le preguntaron a este atleta si había perdonado a Kermit Washington por el puñetazo que arruinó su carrera deportiva, Rudy respondió: “Una vez alguien me dijo que odiar a Kermit sería como tomarse un veneno y pretender que otro muera. He tratado de recordar esto siempre”.¹

Como tomarse un veneno y pretender que otro muera. Esta es una poderosa ilustración de lo que es la falta de perdón en el corazón

UNA DEFINICIÓN

DE LA FALTA

DE PERDÓN:

*“Es como tomarse
un veneno y
pretender que
otro muera”.*

humano. Aunque pueda sentirse como una acción correcta, aunque pueda parecer justificable, aunque pueda surgir como nuestra única opción, es destructivo y mortal para aquel que lo toma. La misma arma que utilizamos para infingirle dolor a nuestro ofensor se convierte en una espada contra nosotras, que nos hace mucho más daño a nosotras mismas y a quienes amamos, que a aquellos que nos han herido.

Encontrar la libertad

Entiendo que este viaje hacia el perdón requiere que profundices en áreas de tu vida que aún están sensibles y delicadas para ser tocadas. Sin embargo, también soy consciente de que nuestra forma natural de manejar estas heridas solo las mantiene irritadas e inflamadas.

Es la forma de actuar de Dios, y solo la suya, la que ofrece una esperanza de sanidad y libertad de los problemas inevitables de la vida que enfrentamos.

No fue una promesa vaga o una ilusión lo que Jesús dijo: “y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Jn. 8:32). Escoger el perdón y andar en su verdad es el camino que Dios ha trazado, su viaje a la libertad. Y solo quienes lo transitan, lo descubrirán.

REFLEXIÓN PERSONAL

- ❖ ¿Hay una persona o circunstancia a la cual hayas culpado por el curso que ha seguido tu vida? ¿Cómo puede liberarte el hecho de aceptar tu responsabilidad por la manera en que has reaccionado a esa persona o situación?
- ❖ ¿Hay alguien que te ha perjudicado y a quien todavía tratas de hacerle pagar por sus ofensas? ¿De qué forma has tratado de exigir el pago? ¿Qué te impide perdonar y liberar a esa persona de su deuda?
- ❖ ¿Recuerdas una situación en la que te vengaste o llegaste a resentirte contra alguien que te hirió en vez de perdonarlo? ¿Cuáles fueron los resultados? ¿De qué manera afectó esto tu relación con esa persona? ¿De qué forma te ha cambiado tu respuesta? ¿Cómo afectó esto tu relación con Dios?